

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 24 DE MAYO DE 1886→

NUM. 230

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MESTIZO, dibujo de José María Marqués

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Las señoritas del tercero*, por don J. Valero de Tornos.—*Los candeleros de plata* (continuación), por don Pedro María Barrera.—*Carta de América*, por Alberto Tissandier.—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*El mestizo*, dibujo de Marqués.—*Torre de 300 metros de altura.*—*Lectura interesante*, cuadro de W. A. Shade.—*Velázquez retratando á Inocencio X.*—*Abandonada!*... cuadro de Matías Schmid.—*Volcán de lodo en el Parque Yellowstone.*—*Otro volcán de lodo en el mismo Parque.*—*Interior de un antiguo manantial de agua hirviente.*—*El Géyser llamado el GIGANTE, en erupción.*—*El Géyser VIEJO FIEL en el Parque Yellowstone.*—*Cascada petrificada en el Parque Yellowstone.*—*Atas del volcán Apó.*—*Hijas de un jefe tagabawa en traje de baile.*

NUESTROS GRABADOS

EL MESTIZO, dibujo de Marqués

El autor de este estudio es tenido por distinguido paisajista. Pero he aquí que se ha empeñado en probarnos lo general de su talento artístico, y por vía de muestra nos remite al estudio que hoy publicamos. Aun dejando aparte la verdad del tipo, en que la sangre africana reclama sus derechos, la obra de Marqués es recomendable por su ejecución franca y vigorosa, de que ya nos tenía dados algunos ejemplos en la última exposición Parés.

Torre de 300 metros de altura, proyectada para la celebración del centenario de 1889 en París

En el proyecto de la Exposición universal que se trata de celebrar en París en 1889 figura la construcción de la torre colosal de 300 metros de altura que representa nuestro grabado.

Esta torre gigantesca, que será toda de hierro, arrancará del suelo, formada por cuatro pilares que al acercarse unos á otros describirán una curva calculada de modo que oponga el máximo de resistencia al viento. Las cuatro aristas de esta pirámide irán aproximándose así hasta la cúspide ó vértice, en donde se instalarán un faro y una cúpula de cristales con una galería para los espectadores. Estos subirán en un ascensor hasta la plataforma superior, desde la cual podrán contemplar un panorama de 130 kilómetros de extensión: en cuanto al faro, se podrá divisar desde Dijon ó Mans. Además, en otra plataforma situada á setenta metros de altura, ó sea á diez más que la de las torres de Nuestra Señora, se establecerá un restaurant.

Pero esta torre metálica no servirá solamente para los curiosos; sino que desde su cúspide se podrán hacer observaciones meteorológicas y astronómicas en condiciones enteramente nuevas, así como experimentos de física, en especial sobre el movimiento de rotación de la tierra.

El peso de la torre no excederá de seis millones de kilogramos y su coste se calcula en tres millones de francos.

M. Eiffel, el ingeniero que la ha ideado, ha pedido para cubrir los gastos, el precio de entrada durante los diez primeros años, porque la torre debe subsistir aun después de la celebración del centenario de 1889.

Esta pirámide gigantesca, dos veces más alta que la de Egipto, adornará la entrada principal de la fachada del Campo de Marte.

LECTURA INTERESANTE, cuadro de Shade

Cuando una composición artística contiene una *x*, ó sea una incógnita, ha de allegar en sí misma los medios para resolver el problema. La incógnita, en nuestro caso, es la carta, y la solución está en el semblante de la joven lectora.

¿De qué trata la carta?... He aquí el problema, como dijo el gran Shakespeare.

Pues bien, cuando una joven de diez y ocho años busca la soledad para enterarse de un escrito, y reconcentra todo el ser en su lectura, y se abisma en ella, y sonríe cándidamente á medida que los conceptos filtran en su alma, y se siente feliz y sospecha que el ambiente es más puro y que las flores huelen más delicadamente, ¿qué puede ser esa carta que no sea carta de amor?

Bello es el cuadro de Shade: el autor ha pintado una escena plácida y risueña, cual si quisiera darnos idea de la inocencia de la pasión declarada en el escrito y compartida por la hermosa criatura. ¡Oh! si el amor casto, el amor purísimo que engendra las esposas modelo y las madres sublimes, es susceptible de tomar forma de mujer, esa mujer debe parecerse á la hermosa lectora del cuadro de Shade.

VELÁZQUEZ RETRATANDO Á INOCENCIO X, cuadro de T. Moragas

Velázquez y Rubens fueron dos príncipes de la pintura que, cosa raramente vista, vivieron como unos príncipes y como tales príncipes fueron tratados por los verdaderos príncipes de su tiempo. Cuando nuestro gran pintor fué á Italia por vez primera, previo permiso de Felipe IV, que le colmaba de honores y riquezas, realizó el viaje como pudiera hacerlo un poderoso infante. En Venecia dió hospedaje en su palacio el embajador de España, y en Roma el papa Urbano VIII le destinó suntuoso alojamiento en el Vaticano. No fué en esta ocasión, sino en su segunda visita á la ciudad Eterna, cuando Velázquez hizo el retrato del pontífice Inocencio X, obra que se conserva aún y que asombró á los artistas contemporáneos por su factura, tan valiente y original, que no pudo ser bien apreciada hasta que el lienzo fué colocado en el sitio que previamente se había indicado al artista.

Nuestro compatriota Moragas ha pintado á Velázquez en el momento de retratar á Inocencio X; y en honor de la verdad el gran maestro no tiene por qué estar quejoso del trato que le ha dado su compañero en el arte. Ese es Velázquez, el fastuoso caballero, el pintor de mirada penetrante y pulso firme, el retratista que mereció, como el Tiziano, la admiración y amistad de sus modelos coronados. Echase de ver en esta obra que Moragas ha querido imitar la manera del ilustre D. Diego, y por comprometido que sea el empeño, ha salido de él honrosamente.

¡ABANDONADA! cuadro de Matías Schmid

Matías Schmid, autor de este cuadro, es conceptuado, después de Defregger, el mejor pintor de escenas tirolesas. Natural de Zell, en el Tirolo, á su patria ha dedicado todo su talento: la ha estudiado en sus montañas y en sus valles, en sus tipos y en sus costumbres; y aunque en Munich, la moderna Atenas, como es llamada la capital de Baviera por sus aficiones artísticas, hizo sus estudios y en Munich tiene establecido su taller, el fondo de su inspiración está en el país que le vió nacer y al cual se ha entregado en cuerpo y alma.

El cuadro que publicamos es una de las más bellas y sentidas obras que ha producido el grupo ó escuela especializada, cuyos miembros se denominan en Alemania: *Pintores de labradores tiroleses*.

LAS SEÑORITAS DEL TERCERO

Don Lucas Gómez, natural de Trujillo, capitán que fué de carabineros hasta 1860, en que pidió el retiro, ingresando en una dirección en Hacienda, en la que hace veintidos años sirve *día por día*, habiendo llegado á 24,000 reales de sueldo, vive en la calle de Tudescos número..., y tiene tres hijas: Elvirita, Lucecita y Amparo, conocidas en la vecindad por *Las Señoritas del tercero*.

La portera, que al mismo tiempo que desempeña estas funciones, es comerciante, puesto que vende cuellos y puntillas, gorros de niño, de esos que tienen aceritos y abalorios, piqué para festerones y otros excesos, mujer entrada en años, y viuda de un ambulante panadero conocido en el barrio por *Libreta*, es la que á fuerza de hablar á todos los vecinos de *Las Señoritas del tercero*, ha logrado que se las conozca por este nombre. Ella ha sido la protectora de todos sus amores; ella ha entregado las cartas de varios estudiantes de Derecho, alléreces de todas las armas, telegrafistas en servicio, y hasta algún topógrafo que en cierta ocasión hubo de dirigirse á Lucecita; ella tose de un modo descompasado en la escalera cuando Amparito habla por el ventanillo con un joven de muy buena familia y auxiliar del Tribunal de Cuentas, para prevenir á la niña que D. Lucas sube; ella, en fin, ha llevado y traído á las niñas más cartas que el correo interior.

Ya se ve: la viuda de *Libreta*, que necesitaba para su manutención comerse dos veces diarias el apodo de su marido, como el comercio da poco, y el dueño de la casa escatima el aceite del farol, y sólo da un real diario por desempeñar la portería, tiene que ayudarse y se ayuda fomentando el origen de todo lo creado: el ramo del amor.

Don Lucas, que, como muchos de los que han sido militares, conserva un aire tan marcial como puede tenerlo un antiguo carabiniere, lleva el bigote á la *borgoñona*, azul de puro teñido, levita negra, sombrero de copa en todo tiempo, y un bastón de muleta con un anteojito dentro del puño, con el que todavía mira á las mujeres con mejores ojos que á los contrabandistas cuando estaba en el resguardo; y, á pesar de estas circunstancias y de desear *dar salida* á sus hijas, se opone á todo lo que no sean relaciones serias, por lo cual las niñas tienen que vigilar su vigilancia y la de su mamá D.^a Felisa, verdadero Argos, aunque con un solo ojo, porque es tuerta, más ancha que alta, que cuando tose rompe las ballenas del corsé, que suda y se pone como un pavo en andando cien metros, y cuyo vértigo, cuya manía y cuyo *desideratum*, es tratar *personas decentes*, como ella dice: — A las personas decentes se nos conoce en seguida; yo no quiero que mis hijas entablen relaciones con ningún cursi.

Y como la mayor parte de los jóvenes que obsequian á *Las Señoritas del tercero*, ó llevan los tacones deshermanados, ó la levita vuelta, ó el sombrero demasiado reluciente á beneficio de plancharlo á domicilio con una toalla ligeramente humedecida, ó fuman picado, ó llevan guantes que apestan á tinte, y otros indicios que no acusan la persona decente, D.^a Felisa les hace la oposición desde el primer instante, sin recordar que cuando era Felisa y se casó con Lucas, teniente del resguardo en Figueras, porque Felisita es catalana, Lucas me gastaba unos cuellos y unos borceguies, y tenía el dedo grueso por la yema tan retostado de apurar las colas, que seguramente no tenía grande aspecto exterior de persona decente.

¡Cosas de la vida! ¡Mudanzas del cosmos que da muchas vueltas! Lo que en su juventud le parecía ideal, le es antipático en la vejez, y de aquí que Elvirita, Lucecita y Amparo, se vean precisadas á utilizar los servicios de la señora de *Libreta* para dar pasto á la parte ideal de sus respectivos individuos.

Elvirita es la mayor: tiene veintidós años y ha paseado su inocencia hace diez años constantemente, el Dos de Mayo, el Corpus, el Viernes Santo, siempre que ha habido formación ó después que ha habido barricadas, por todas las calles de Madrid, llevando á su mamá al margen sudando y con la lengua fuera.

Porque, excepción hecha de las solemnidades militares, en invierno es muy difícil á una familia que tiene 24,000 reales y tres hijas, salir todos los días á paseo; mientras que con un vestido de *chaconá* de á dos reales vara, un velo de treinta, y un clavel doble en la cabeza, ya está una muchacha dispuesta á pasear el Prado, y si aumenta diez céntimos por barba, puede sentarse en el farol número tantos del salón, donde acuden Ramírez, López, González y el hijo del Contador, que espléndidamente las convidan á merengues para lo cual acude la aguadora María, ya conocida de la mayor parte de los *cursis* que están abonados á diario, y con quien suelen tener alguna cuenta.

De aquí que, como la mayor parte de los paseos son en verano, D.^a Felisa suda de un modo extraordinario paseando las niñas, principalmente á Elvira y Amparito, porque Lucecita, que es extraordinariamente romántica, suele quedarse en casa en las noches de verano, mirando á la luna y echando de menos los tiempos de los barba-canes, á cuyo pie solían ir á cantar las barbas rubias.

Doña Felisa, al salir de su casa con Elvira y con Amparo, las previene y las dice: — Si vienen Ramírez, López, González y el hijo del Contador á sentarse á nuestro lado, dejadme en medio, y no sentarse de ninguna manera con ellos *por el lado del ojo del defecto*. (D.^a Felisa no ha dicho en su vida que es tuerta.)

Elvira y Amparito, que, como ya he dicho á Vds., son

las que más salen con mamá á paseo, son también las que más novios han tenido, relaciones efímeras que muchas veces han durado menos que las flores, y que sin embargo, han ocupado aquellos corazones que sienten la necesidad de amar, más que *la de establecerse* á que constantemente aspiran Lucas y Felisa.

Lucecita sale poco: tiene una pasión por un poeta que ni aun siquiera le conoce de vista, y es feliz pensando que algún día puede que le conozca, y que *le ame*. Tanto recogimiento y tanto amor romántico tienen á sus papás fritos, porque según asegura D. Lucas, que cuando estuvo en el resguardo aprendió algo de literatura, *los poetas se casan muy difícilmente*.

Las Señoritas del tercero, son hacendosas como pocas; es preciso hacerlas esta justicia.

Una amigueta, cuyo padre es redactor de un periódico, les prestó «El Salón de la Moda» y ellas mismas se cosen los vestidos y se hacen sus patrones, cortándolos de «La Correspondencia», lo que á Elvira y Amparo les ha proporcionado serios disgustos con Luz, cuando han cortado también el folletín que Lucecita colecciona, porque el héroe, que por más señas se llama Hermenegildo, es trovador y tiene barba rubia, y le recuerda su adorado poeta.

Además, Luz no tiene interés por *ir de moda*: ella, desde que vió *La Huérfana de Bruselas* (por cierto un domingo por la tarde y en galería), prefiere á todo las batas blancas largas, un fichú negro, formando corpiño, muchos tirabuzones y una dalia en el pecho. Como sale poco, apenas gasta calzado, única forma de su romanticismo que agrada á su padre.

Elvira y Amparo son esclavas de su ropa: ellas lavan en casa sus velos con una botella de cerveza (bien entendido que con el contenido, no con el continente) para que se limpien y se *apresten*; ellas, por la mañana en el balcón, con aquellos dedos sonrosados y aquellas afladas uñas, restregan los bajos del vestido para quitarle el polvo, y después lo sacuden sobre la barandilla para que quede limpio; se dan tinta en las botas cuando *se rien*, y con miga de pan limpian los guantes.

Hacen en casa el *Cold-crean* y el agua de Colonia; se limpian los dientes con carbón machacado; tienen para las tres una sola pastilla de jabón (de La Rosario-Santander), y cuidan de mojarlo poco y dejarlo *bien sequito* para que no se gaste. Se componen las medias, se peinan las uñas á las otras; Elvirita peina á su mamá, operación difícil, porque D.^a Felisa es calva y no quiere conocerlo; Amparo recose á su papá, y le quita las rodilleras de unos pantalones de *patencourt*, por el procedimiento de plancharlos poniendo encima una toalla húmeda, y hasta Luz plancha lo fino.

Lo basto, sábanas y manteles, *se estiran*, cogiendo Elvira de un lado y Amparo de otro, tirando cuanto pueden, y luego doblándolo cuidadosamente para dejarlo en una silla baja, sobre la que después se sienta D.^a Felisa, con el objeto de darle la última mano por virtud de una ley física: la de la pesantez.

Las señoritas del tercero comen muy sobriamente, tanto, que á pesar de su romanticismo, hay días que Luz desearía más garbanzos.

¿Qué hay, pues, de extraño, en que estas adorables *cursis*, como decía el malogrado Eulogio Florentino Sanz, tengan la aspiración de que el amor las haga, por medio del matrimonio con una *persona decente*, ricas y felices? Yo las defiendi franca y abiertamente; estas señoritas *cursis* porque son pobres, pero con instintos *subjetivos* de elegancia á que aspiran por el *matrimonio*, constituyen el nervio de las buenas madres de familia.

En Francia, todas ó la mayor parte de las que, como *Las Señoritas del tercero*, son *cursis*, porque su posición, relativamente más brillante que sus medios, no las permite vivir con desahogo, no aspiran al matrimonio *sino al bienestar*, que buscan por cualquier camino.

Para terminar:

Mis heroínas se han casado.

Elvira es capitana en Badajoz.

Amparo telegrafista en Morella.

Luz, miedo me da el decirlo, viendo que el poeta no se fijaba en ella, casó, ¿con quién dirán Vds? Pues con un topógrafo, y como si esto fuera poco, tiene un chiquitín y lo cría ella misma.

¡Oh, si la viese la huérfana de Bruselas!

J. VALERO DE TORNOS

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR DON PEDRO M.^a BARRERA

(Continuación)

Inútil es decir que el encargo fué cumplido al pie de la letra. Sintió el joven entonces irresistible comezón de contar á todo el mundo, y antes que á nadie á su novia, lo cerca que estaba de poder demostrar con un rol que la constancia y la economía hacen milagros; y la comezón subió de punto al referir á Socorro lo que pasaba, porque ella le pagó la noticia con la de que tenía ya comprado casi todo el menaje para una casa.

Como la señora Decorosa había renunciado hacía mucho tiempo á sus irracionales investidas, y era, después de la huérfana, la persona á quien Cosme tenía más cariño, puede suponerse que no fué la última en oír de los labios del futuro patrón con barco propio que la fortuna

le soplabla viento en popa. Alegre como unas castañuelas puso la abuela el arrugado rostro al saber la fausta nueva, y expresó su deseo de que Dios derramara perdurables bendiciones sobre el nuevo bote y su propietario.

—¿Y qué nombre va á llevar?— preguntó siempre risueña.

—Yo pienso que se llame Socorro.

—¡Socorro!... Es un nombre muy bonito... muy bonito.

—¡Ya lo creo! A mí no se me cae de la boca.

—Tú sabrás por qué.

—Hablares más despacio de esto, mi abuela.

—Hablares cuando tú quieras. —¡Malo! añadió mentalmente la vieja. Ya prepara el terreno para darme cuenta de sus proyectos: señal de que las cosas van de prisa; pero no se casará... ¡no se casará!

Hubo al siguiente día horas de sol y horas de lluvia: por la tarde quedó el cielo raso como un pandero y se levantó viento sur, que es muy temido de los pescadores bayoneses. Al anoecer entró la señora Decorosa en la hojalatería de la plaza con la pretensión de que le estarían un candil que necesitaba tener listo para la llegada de Cosme.

—Siéntese un rato, — dijo el hojalatero: — hay vendaval, y ese maldito viento de bolina impedirá que las lanchas regresen antes de media noche. Charlaremos mientras concluyo esta cafetera que está esperando el cabo de mar desde el invierno pasado.

Tocaban á la sazón una campana del convento.

—Tarde me parece para las oraciones y temprano para las ánimas, — exclamó la vieja.

—Es que las monjas llaman á rezar el rosario.

—Pues entonces en vez de charlar aquí me voy allá á pedir á Dios que no le pase nada al mi nieto.

—Pues á la vuelta tendrá el candil mejor que nuevo.

En la iglesia del convento ardían dos velas en el altar mayor: otra en el de la Virgen del Rosario, y una lámpara colocada delante de las altas celosías del coro: estaba, pues, el templo, casi á oscuras. La señora Decorosa se arrodilló junto á un grupo de contemporáneas suyas, á los pies de la iglesia, debajo de las celosías. Momentos antes de terminar el rezo, dijo al oído de una vecina.

—¿Ha visto, señora Agueda?

—¿Qué he de haber visto?

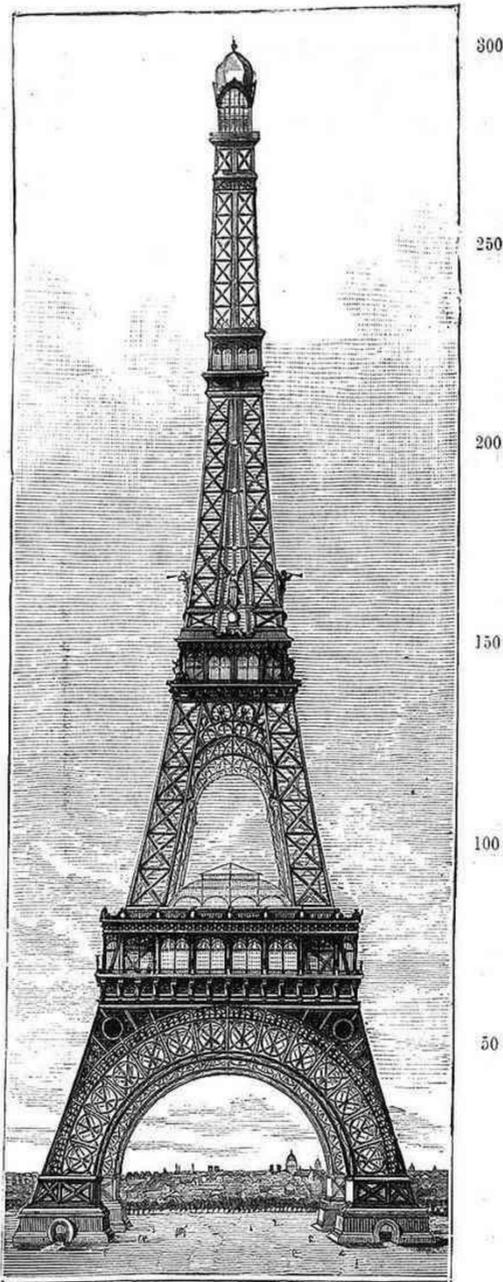
—Juraría que la mujer que está cerca del altar de santa Rosa, ha cogido un candelero.

—¿Está segura, señora Decorosa? La que siempre se pone allí es la huérfana de Patiño, de quien todo el mundo se hace lenguas.

—Entonces debo haberme equivocado, porque Socorro es una bendita.

Apagó el sacristán las velas del altar mayor: guardóse la de la Virgen del Rosario una devota que costeaba aquella luz todas las noches, y los fieles fueron saliendo á la calle poco menos que á tientas. La abuela de Cosme volvió á la hojalatería á recoger el candil y allí contó muy asombrada, y jurando que se resistía á creerlo, que la señora Agueda y otras habían visto á Socorro llevarse un candelero del altar de santa Rosa. En aquel momento la huérfana y su amo y protector hacían algunos preparativos con objeto de ponerse en camino después de cenar para ir á asistir al párroco de Mondariz, que, además de ser pariente cercano del antiguo pescador, había escrito á éste que estaba enfermo y que tenía hecho testamento nombrándole su heredero.

Con la rapidez del rayo circuló á la mañana siguiente en Bayona la noticia de que habían robado un candelero de plata en el convento, y por la tarde casi todo el pueblo achacaba el robo á la novia de Cosme. Ni siquiera faltó quien atribuyera el viaje de Socorro á Mondariz, que también se hizo público en pocas horas, al intento de desorientar la opinión y las pesquisas de la justicia. En las fuentes, en los lavaderos, en la pescadería, en el puerto, en el mar, en el campo, en los caminos, en la plaza, en las calles, en las casas, de puerta á puerta, de ventana á ventana, de carreta á carreta, de lancha á lancha, nadie hablaba de otra cosa que del sacrilego robo. Unos aseguraban que el juez había estado en el convento, donde, con el auxilio de la priora, adquirió importantes antecedentes para el más acertado desempeño de su deber; otros decían que se había dado orden de que la guardia civil detuviera á Socorro y la condujera á Bayona; otros citaban los nombres de todas las personas que habían sido llamadas á declarar. Pasaron algunos días sin que de las averiguaciones y trabajos del juzgado municipal trascendiera al público otra cosa que detalles aislados, desprovistos de importancia y contradictorios entre sí; y tanto por esto, que en vez de calmar irritaba la curiosidad general, como por haber sido remitida la sumaria al juzgado de primera instancia, haber resultado falsa la noticia de la detención de la presunta autora del robo, y asegurar algunos de los que habían prestado declaración que el juez quería á todo trance que las sospechas recayeran en cualquiera que no fuese la huérfana, comenzó la gente por decirse al oído que mediaban empeños para que el esclarecimiento del delito no adelantase un solo paso, y concluyó por ser moneda corriente que habían pasteado el asunto porque se trataba de una mozueta de buen palmito con la cual alguien había visto al mismísimo juez una noche oscura entre unos castillos de tablonés en el muelle. Aunque hasta los más sueltos de lengua y de intenciones más torcidas se daban un punto en la boca en presencia de Cosme, el desdichado fué uno de los primeros en saber lo que la respetable opinión pública iba achacando á la mujer que él adoraba con todo su corazón.



TORRE DE 300 METROS DE ALTURA, proyectada para la celebración del centenario de 1889 en París

—¿No sabes lo que cuentan?— le preguntó su abuela, apenas empezó á circular la especie de que Socorro no se asustaba por pecado mortal más ó menos.

—¿Qué ha de saber de tierra el que acaba de llegar de la mar?

—¡Oh, es una infamia!... en este pueblo ya no se puede vivir.

—¡Vamos! habrá dicho pestes de mí alguno que me envidia porque voy á tener un bote.

—Si no fuera más que eso, con reirnos del envidioso estaba terminado el asunto; pero se trata de algo más infame: se trata de que están deshonrando á una infeliz que es casi una rapaza y que de seguro es inocente. ¡Pobreciña!... A nosotros nada nos va ni nos viene con que fuera de la nuestra casa se devoren los que mal se quieran; pero clama al cielo que persigan á una cuitada y que nos metan en semejante chapuceria.

—Hable claro, mi abuela.

—Claro es lo que he dicho. Lo turbio es que hoy me haya obligado la justicia á declarar acerca del robo que han hecho á las monjas.

—¿Qué robo es ese?

—Por supuesto que he dicho en redondo que yo no sé nada, ni he oído nada, ni he hablado nada con nadie de tal cosa.

—Pero, ¿qué robo es ese?

—El de un candelero de plata que quitaron hace dos noches del altar de Santa Rosa de Lima. Tú andabas por esos mares: el vendaval me tenía intranquila y fui al convento á rezar el santo rosario para que Dios cuidase de la tu lancha.

—Mi abuela, acabe pronto.

—¡Nunca hubiera ido! Así me hubieran dejado en paz, en vez de llamarme para que dijera si es verdad, como se asegura, que el candelero lo ha robado la huérfana de Patiño.

Las últimas palabras fueron un puñal que atravesó de parte á parte el corazón del pescador. El desgraciado dió un grito horrible; alzó abiertos los brazos, y cayó al suelo sin conocimiento. Aterrada la vieja salió de la casa pidiendo socorro. Momentos después, ayudada por algunos vecinos, colocaba sobre un jergón de hojas de maíz al pobre Cosme, mientras otro marinero corría en busca del médico, suponiendo con sano juicio que así lo exigían penitentemente las circunstancias. Llegó el médico, llevando á todos con su presencia el consuelo de saber que se haría lo que se pudiera; y aunque después de enterarse de lo ocurrido, examinar al enfermo, sangrarlo, ponerle sinapismos y adoptar las demás disposiciones que creyó oportunas, per-

maneció silencioso, taciturno é inmóvil al lado de la cama hasta que logró ver contrarrestados los efectos de la congestión; al fin, desarrugando el ceño y colocando una mano sobre el hombro de la señora Decorosa, que parecía un palomino atontado, aseguró que no habiéndose producido derrame en el cerebro, no podía resultar parálisis, y que antes de una semana el pescador volvería á la gran lancha besuguera como si nada hubiera ocurrido.

La semana pasó, afirmando el médico que Cosme disfrutaba de nuevo de una salud envidiable; pero á la señora Decorosa no le llegaba la camisa al cuerpo temiendo que su nieto pudiera volverse tolo (1), porque desde el ataque cerebral apenas hablaba, tenía la manía de que nadie se acercase al jergón y ni para que se lo mulleran un poco consentía en levantarse.

—Mi abuela, ¿siguen diciendo que esa ha robado el candelero?... — preguntó una vez á la atribulada vieja, que se apresuró á contestar:

—Siguen, siguen; pero añaden que no la meterán en la cárcel.

—¿Cómo no la han de meter siendo ladrona?

—No lo será: yo juraría que no lo es.

—Yo también lo juraría... y no tardará en jurarlo todo el mundo.

—Así debía suceder; pero...

—Pero ¿qué?

—Que Bayona está desconocida; que la gente se ha vuelto chismosa y embustera y sin entrañas, para regocijo del infierno. ¿Querrás creer que ahora se susurra que esa pobriña sigue en libertad porque entre ella y el juez ha habido sus dares y tomases, y él quiere pagar los favores de ella haciendo que en los papeles resulte que lo blanco es negro? Querrás creer...

Cosme interrumpió á la vieja fijando en ella una mirada indefinible y diciendo con amargura: —¡Creo, creo, mi abuela! Hasta creo que hay madres peores que las fieras, muchísimo peores que las fieras. Pero vamos andando, — añadió cambiando de tono, — que, á Dios gracias, vivo y muy vivo está el que ha de hacer ver que Socorro Patiño tiene más virtud y más vergüenza que juntos los que se entretienen en quitarla la honra.

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

El Parque de Yellowstone en el Wyoming.—Los manantiales cálidos de Mammoth.—Los geysers

Desde San Francisco al Parque de Yellowstone hay una distancia considerable, tanto que para recorrerla se necesitarían de cinco á seis días por camino de hierro, y esto sin detenerse. Después de atravesar una parte del territorio de California, cuya campiña, muy bien cultivada, es admirablemente fértil, se franquea el Oregón, pero como aun no está terminada la vía férrea, es preciso servirse de un coche para pasar por las inmediaciones de la gran montaña que llaman *Shasta Mount* (4,800 metros). Una vez franqueados los montes se vuelve á tomar el camino de hierro para dirigirse á Portland, y luego es preciso embarcarse en el vapor que presta el servicio en *Columbia river*, magnífico río en cuyas orillas se elevan numerosas rocas volcánicas y columnas basálticas; en el horizonte destaca la montaña *Hood*, cubierta de nieve y semejante á una pirámide inmensa. Cuando se desembarca se ha de tomar otra vez la vía férrea para costear fantásticos lagos, cruzar los interminables bosques del Idaho y de Montana, y seguir las orillas del río Clark. Recorrido todo esto, se comienza á divisar las praderas sin fin de la misma provincia, llenas de caballos y otros animales, y las orillas del Missouri.

El viajero se siente como transportado á la vista de todos estos magníficos paisajes, y su admiración va en aumento; mas por fin se llega á la estación de *Livingston*: un cambio de tren para ir á Cinnabar; otra carrera en una especie de enorme carro tirado por seis caballos, y se llega, por último, al corazón de Yellowstone Park, á los manantiales cálidos de Mammoth (*Mammoth hot springs*).

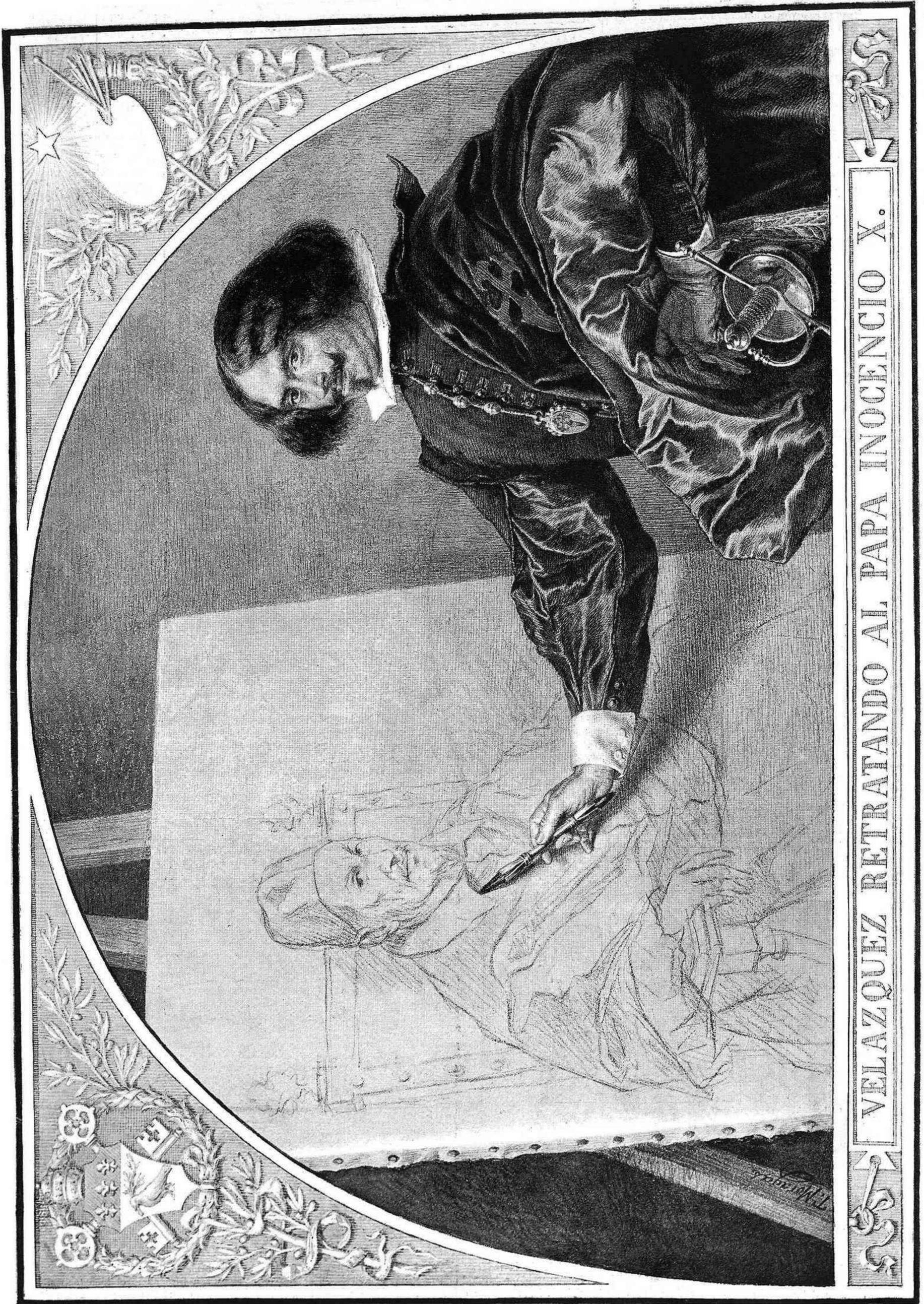
El Parque Yellowstone ocupa en la provincia del Wyoming una superficie de 3,575 millas cuadradas, comprendiendo la de su gran lago que es de trescientos treinta (5,752,175 metros cuadrados). Varias montañas coronadas de nieves eternas, que pertenecen á *Teton's range* (cordillera de los Titanes), tienen cimas que se elevan á 3,500 y 4,000 metros sobre el nivel del mar, y el Parque mismo se halla á 2,000 en sus partes más bajas. Las montañas y el suelo de Yellowstone son de origen volcánico; pero los siglos han pasado, y ahora vemos los extraordinarios vestigios de todos los cambios producidos por la naturaleza.

Hace cuatro años era bastante penoso un viaje á Yellowstone; pero hoy, aunque el trayecto es largo, no presenta dificultades. El hotel que se ha edificado, de vastas dimensiones, asemejase á un gran monasterio, y hállase situado en uno de los sitios más curiosos del Parque. Nunca faltan guías, caballos, y los víveres necesarios para emprender excursiones más ó menos largas, y siempre agradables. Se ha de acampar en los bosques, dormir al aire libre como en la meseta de Kaibal (Arizona) pero nunca falta nada; encuéntrase agua en todas partes, y en los puntos de más importancia se pueden comprar víveres y

(1) Tolo: loco.



LECTURA INTERESANTE, cuadro de W. A. Shade



VELAZQUEZ RETRATANDO AL PAPA INOCENCIO X.



¡ABANDONADA!.. cuadro de Matias Schmid

hasta obtener un alojamiento si se quiere. Dentro de dos ó tres años los americanos podrán visitar todos esos sitios tan cómodamente como los que hoy van al Mont Blanc ó á los Pirineos.

El Parque de Yellowstone, ó más bien ese inmenso territorio, tan extenso como una provincia de Francia, es una posesión del gobierno, que procura conservarlo como nosotros un monumento histórico. Para ello tiene allí nueve guardas con su jefe; y cuando es necesario ejecutar trabajos importantes, como abrir caminos, construir puentes, etc., utilizanse los servicios de los soldados, que acampan entonces en el sitio del Parque que se les designa. La caza está terminantemente prohibida; de modo que las aves, las liebres y conejos pueden vivir en paz; sólo se tolera la pesca, y así es que muchos aficionados, pescadores de caña, suelen coger allí un considerable número de truchas.

guramente no se verá en parte alguna un conjunto tan completo y extraordinario. Los paisajes del bosque que es preciso recorrer para ir de un punto á otro, los torrentes y las cascadas distan mucho, sin embargo, de igualar á lo que se ve en los Alpes y en los Pirineos.

Para ver todas las curiosidades conocidas ahora bastan doce ó catorce días de exploración: los desfiladeros ó cañones del río Yellowstone son las primeras bellezas que se deben visitar; se acampa cerca de las cascadas, en medio de los pinos, y se ven las aguas correr á través del estrecho conducto abierto por ellas: están como encajonadas entre muros de trescientos metros de altura.

Estos muros son notables, pues las rocas de que se componen, calcinadas por la acción volcánica, han tomado tintes extraordinarios: el amarillo de azufre, los colores ferruginosos, verdosos, violáceos, negros, ó de una blancura de nieve, se mezclan y confunden en toda la altura

Siguiendo las orillas del río se remonta hasta la misma fuente, es decir, el lago de Yellowstone, situado á 2,475 metros sobre el nivel del mar, con la cordillera de los Titanes y los bosques que cierran el horizonte.

En las orillas del lago y en el camino que se sigue para llegar al mismo, hállanse numerosos manantiales de aguas termales, solfatadas y volcanes de cieno. El primero que ví (fig. 1) está junto al río; en el fondo del cráter, que puede tener de diez á doce metros de diámetro, se ve un cieno espeso é hirviente, y en las paredes laterales, numerosas gotas del mismo, de color gris que al secarse toman las delicadas formas de ligeras estalactitas denticuladas; los vapores dejan caer alrededor, cuando se elevan, un polvo blanco muy fino, que cubre el suelo y los árboles inmediatos. La vegetación muere en las inmediaciones de los manantiales, pero más lejos recobra todo su vigor. En algunos sitios parece que el suelo está cubierto de

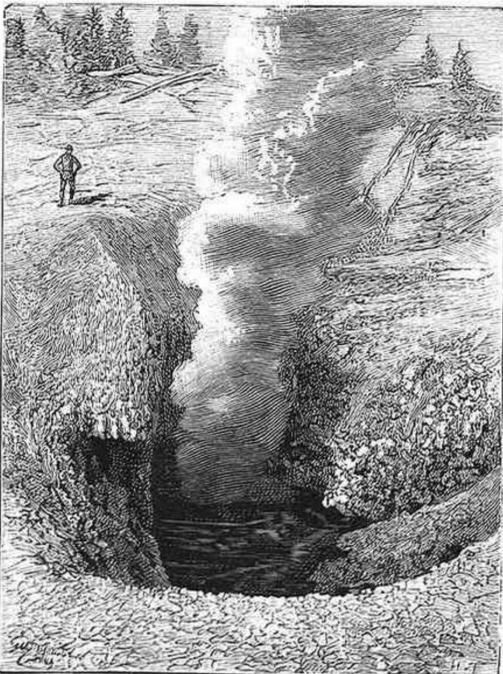


Fig. 1. - Volcán de lodo en el Parque Yellowstone (Estados Unidos)

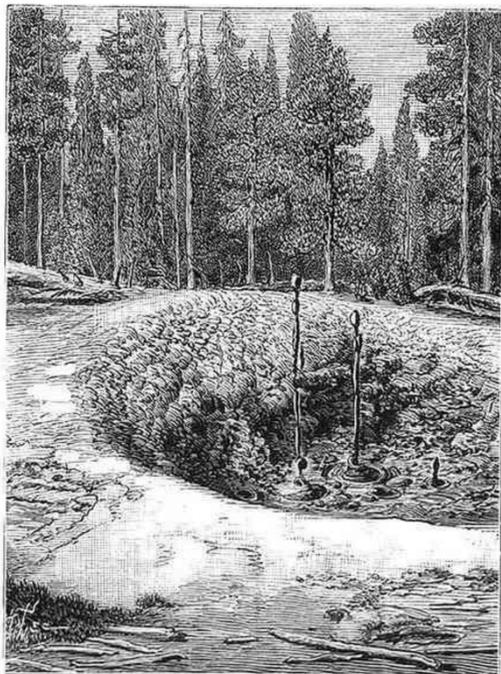


Fig. 2. - Otro volcán de lodo en el mismo Parque

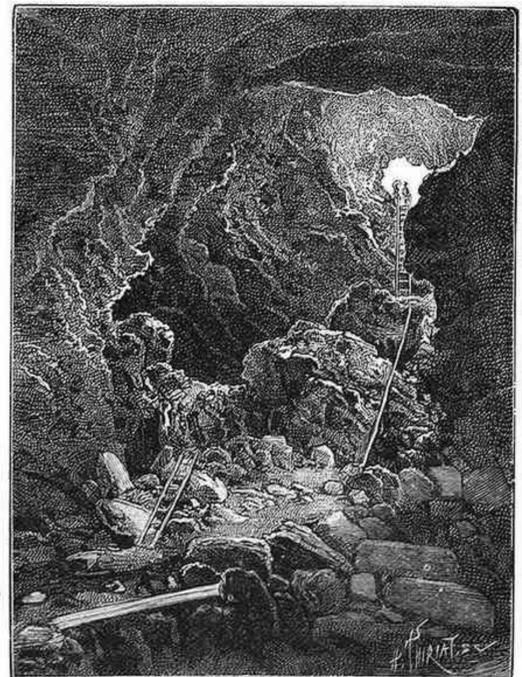


Fig. 3. - Interior de un antiguo manantial de agua hirviente en el Parque Yellowstone

Siempre se habla de las maravillas del Parque de Yellowstone, y no sin motivo, si se trata de los manantiales de aguas termales, del cañón de *Yellowstone river*, de las solfataras, de los geysers, de los volcanes de cieno, etc., pues creo que son cosas únicas en todo el mundo, y se-

del precipicio de la manera más curiosa, y tienen un brillo incomparable, sobre todo cuando se refleja en ellos la luz del sol. Las aguas de color de esmeralda de Yellowstone se precipitan en el fondo de esos extraños abismos, y el espeso y sombrío pinar corona todas las rocas.

nieve, á causa de la brillantez del depósito silíceo. Junto al lago, cuyas aguas son frías como el hielo, se ven los manantiales hirvientes, cuyos tintes de esmeralda ó de azul son admirables. Una trucha pescada en el lago se puede cocer al momento en el manantial, con gran satis-

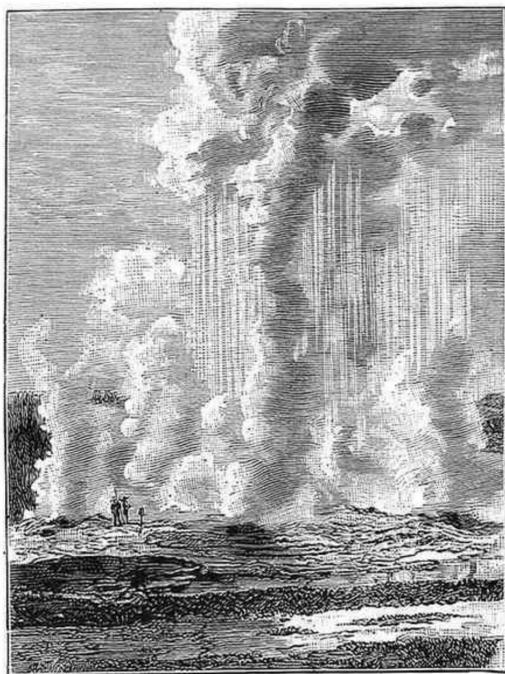


Fig. 4. - El Géyser llamado el Gigante, en erupción

facción del viajero. Las aguas termales van á verterse en el lago, dejando en la tierra vestigios de hierro y de azufre, y tintes diversos que indican las diferentes capas de los terrenos con que se han puesto en contacto en las profundidades.

Es preciso recorrer un espacio considerable por los bosques para ir desde el lago á la cuenca superior de los geysers; las etapas, bastante largas, parecen de vez en cuando monótonas, pues hay regiones enteras de bosque quemadas ó muertas; y también se ven pinares muy espesos, que parecen todos de la misma edad. En el bosque escasean los grandes árboles seculares; y al cabo de algunas horas de marcha bajo un follaje cada vez más sombrío, no se deja de experimentar cierta melancolía, por más que todo sea muy pintoresco. Las subidas y bajadas se multiplican á través de los árboles; pero al fin mi guía me señala unas columnas de vapor que se elevan majestuosamente por los aires; allí está la región de los geysers.

Apenas llegados á la inmediación del *Upper Geyser Basin* (géyser de la cuenca superior) percibimos un fragor subterráneo, y casi al punto, una enorme columna de agua hirviente se lanza á cincuenta metros de altura y vuelve á caer resuelta en menudas gotas; los vapores formados suben como una espesa columna á más de doscientos metros de altura cuando el tiempo está sereno, ofreciendo un espectáculo solemne, casi imponente, que difícilmente se olvida.

Permanecemos dos días en este vasto territorio de los grandes geysers, juntamente con algunos viajeros que acampan, como nosotros, debajo de los pinos, ó á orillas del *Fire hole river* (río del agujero de fuego): sus aguas rápidas se calientan al pasar por las tierras de los geysers; de modo que los peces no podrían vivir en ellas, sobre todo porque, impregnadas de las materias de los depósitos sulfurosos y volcánicos de toda especie que los manantiales les envían, serían un veneno para esos animales. Nos bañamos con el mayor placer, á pesar de todo, y después vamos á buscar entre los pinos los manantiales de agua fresca.

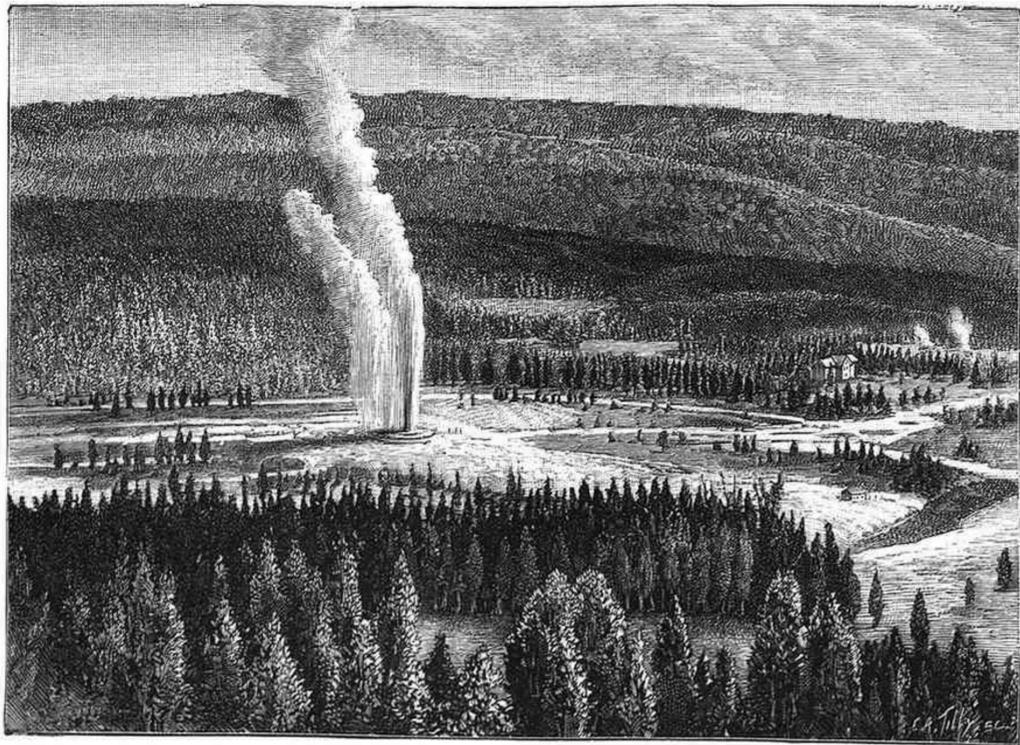


Fig. 5. - El Géyser Viejo Fiel en el Parque Yellowstone

La cuenca superior de los geysers es la más importante; en un día es casi seguro ver algunos de esos chorros de aguas naturales, pero la hora de su salida es variable,

y no se puede indicar de antemano. El géyser que llaman *Viejo Fiel* es exacto, y á cada sesenta y tres minutos se le verá funcionar; mientras que el *géyser grande*, que está inmediato, sólo arroja su contenido cada veinticuatro horas. Hemos esperado casi dos horas con algunas señoras y otros viajeros el momento de la erupción, sentados todos en la blanca alfombra que cubre el suelo, sufriendo los rayos del sol, pues los pocos pinos achaparrados que aquí hay apenas prestan sombra. Cuando las damas comenzaban á impacientarse, golpeando el suelo con sus sombrillas, las aguas salieron de pronto, elevándose á unos sesenta metros de altura durante diez minutos.

Todos manifiestan su entusiasmo con gritos de alegría; pero á los pocos instantes llama nuestra atención otro géyser, el *Espléndido*; montamos á caballo, porque es preciso atravesar el *Fire hole*, y gracias á esto podemos contemplar durante algunos minutos otro espectáculo imponente. La altura á que se elevan las aguas en ebullición iguala casi á la de las torres de Nuestra Señora de París; los vapores inmensos, teñidos por varios arcos iris á la hora de ponerse el sol, tienen un aspecto maravilloso, y los vemos subir hasta las nubes; pero al cabo de diez ó quince minutos todo vuelve á su tranquilidad normal; las aguas lanzadas se han diseminado en forma de arroyos; el cráter del géyser está vacío; percíbense sólo algunos murmullos subterráneos, y después reina el silencio más profundo.

El día se pasa así, corriendo de un géyser á otro; pero el *Viejo Fiel* es el más favorecido, le vemos á la luz de la luna y al salir el sol, porque en estos parajes los viajeros se olvidan de dormir. El croquis de la fig. 5 representa al *Viejo Fiel* en uno de sus mejores momentos; mas

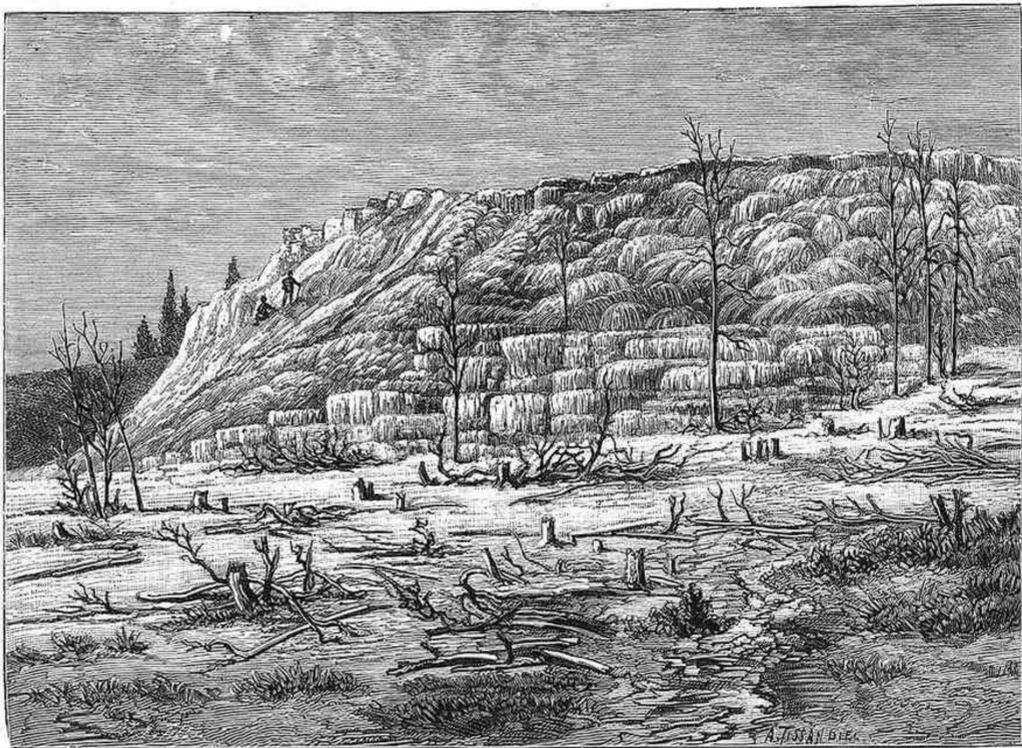


Fig. 6. - Cascada petrificada en el Parque Yellowstone

por desgracia no puedo dar una idea de la grandiosidad de los pinares que rodean este géyser y de las mesetas que le sirven de base. En el dibujo se verá también un rincón del *Fire hole river*, y en medio de los árboles un hotel recientemente construído, destinado para aquellos

gante, ha comenzado su erupción delante de nosotros, siendo de advertir que ésta suele producirse sólo cada cuatro ó seis días. Si la altura de sus aguas hirvientes no es mayor que la del *Espléndido*, el espectáculo que ofrece es mucho más hermoso, porque dura más de hora y media, y á veces tres: la fig. 4 representa una de las fases de esta maravilla. Los vapores se elevan á más de trescientos metros, oscureciendo á veces el sol; y su admirable cráter, esculpido por los depósitos silíceos, desaparece en la masa enorme de las aguas precipitadas. Es fácil acercarse si se sigue la dirección del viento, evitándose de este modo una lluvia de gotas hirvientes que forman en el suelo un torrente de agua y de vapor.

Volvemos al hotel después de pasar por la cuenca inferior de los geysers y los *Gilbon* ó *Geysers Norris*: no son tan importantes como los otros, pero en cambio abundan las solfataras, que mezcladas con los manantiales forman una especie de valle y de lagos azulados y colinas humeantes de fantástico aspecto. Después pasamos á la región de los *Painted pots*, ó manantiales cuyas orillas presentan diversos colores; aquí hay algunos volcanes de cieno muy notables; uno de ellos (fig. 2), de color gris perla, lanza á cada instante gruesas gotas de cieno á tres ó cuatro metros de altura. Muy cerca, otro volcán forma montones silíceos de un color blanco brillante, en figura de campanillas, que se funden en toda la anchura del cráter, constituyendo una especie de espesa crema. El hotel se halla en el centro de los inmensos manantiales, que muy abundantes, han formado hace siglos depósitos de sílice y de caliza, depósitos que acumulándose capa por capa, produjeron colinas. El agua en

ebullición, escapándose siempre de las entrañas de la tierra, corre á lo largo de las paredes de esos montecillos artificiales, y vuelve á caer en forma de cascadas, de las cuales resultan después arroyos. Gracias á esto se pueden admirar las formas variadas y los colores maravillosos de las estalactitas, que presentan las más caprichosas figuras y adornos. El *Terrado del Pulpito* (fig. 6) es un ejemplo notable del aspecto de esos manantiales; mas por desgracia son cambiantes; de modo que este sitio, el más hermoso de todos, no será dentro de poco más que una ruina. Los depósitos de sílice se endurecen y conservan sin dificultad cuando están alimentados por las ligeras cascadas de agua hirviente; pero si el manantial no los baña se hacen friables y quedan destruídos por la acción de las lluvias y de la nieve. El *Terrado del Pulpito* se halla en este caso; el manantial muere, y las admirables formaciones esculpidas por el depósito continuo de las aguas se reducen á polvo gradualmente.

Muy cerca del hotel se puede bajar al interior de uno de estos manantiales, agotado hace largo tiempo: la entrada es angosta al principio, pues sólo tiene unos dos metros de diámetro; y con ayuda de dos escaleras se llega á la profundidad de unas veinte varas, sobre un orificio, donde se puede penetrar aún, si el viajero se quiere atar con una cuerda. A los cincuenta metros de profundidad es preciso detenerse en esos negros abismos, porque los vapores sulfurosos sofocan. Mi guía es quien me da estos detalles, porque yo no he bajado: el interior de ese manantial es curioso (fig. 3), pues se ven distintamente las capas de caliza que se han sobrepuesto en el trascurso de los años; la humedad y el musgo que las cubren van destruyendo poco á poco su forma.

No deja de ser extraño que á pesar de la reputación universal de Yellowstone Park vayan tan pocos viajeros á visitarle; sólo unas dos mil personas ven todas estas maravillas cuando llega la estación. En cambio los Pirineos y los Alpes franceses son visitados por treinta mil personas todos los años, lo cual se explica por ser mucho más cómodos los medios de transporte y más fácil el viaje.



Viaje á Filipinas.—Atas del volcán Apó (sud-este de Mindanao)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Su carácter, por fortuna, es paciente; su temperamento linfático, resultado de una higiene deplorable, está muy desarrollado entre ellos, é indicase por flemones y úlceras, los cuales se producen bajo la influencia de las causas más ligeras, y sólo se curan lentamente.

En resumen, la constitución médica está dominada sobre todo por las influencias telúricas. Los europeos no pueden atribuir al medio meteorológico sino una afección, la anemia, y cuando ésta no es provocada por otra enfermedad, no sobreviene hasta después de una prolongada permanencia.

Estas observaciones sólo conciernen á los hombres adultos; lo mismo aquí que en otras partes, las mujeres y los niños de raza blanca soportan mal la influencia depresiva del centro tropical; los mismos hombres no se benefician de la benignidad relativa del clima si no pueden observar exactamente las reglas de una severa higiene, poco compatibles con los trabajos de nuestra misión. El doctor Rey sufre las consecuencias casi inevitables de nuestro régimen; hasta aquí sólo había experimentado algunas indisposiciones sin gravedad; pero hoy, su quebrantada salud no le permite proseguir sus trabajos, y le es necesario volver prontamente á Europa. Me separo con profundo sentimiento de mi excelente compañero, con quien viajo hace más de un año, sin que jamás se haya producido entre nosotros la más ligera diferencia, hecho bastante notable, debido á la amenidad de su carácter. Acompañé al señor Rey á bordo del *Pasig* donde nos estrechamos cordialmente la mano. ¡Ojalá que el mar sea favorable al amigo fiel y al hombre generoso que en Sandakán y en Joló me prodigó sus cuidados (1)!

En el mismo buque va el comandante D. Faustino Villabrille, gobernador de Davao, que acaba de resignar el mando en el comandante Rajal. Desde que estamos aquí, el gobernador nuevo y el antiguo se han mostrado muy benévolos con nosotros, valiéndose á cada instante de todos los recursos de su autoridad para facilitar nuestras investigaciones.

2 junio al 5 octubre.—Extiendo cada vez más el radio de mis excursiones alrededor de Davao, donde dejo mis bagajes. Las correrías por el sud del río van siempre precedidas de un preámbulo desagradable, pues las lluvias,

(1) Mis deseos no dejaron de cumplirse en parte; el *Panay*, que conducía al señor Rey, sufrió en el mar de China un furioso huracán que rompió su hélice, y con mucho trabajo pudo navegar á vela hasta el puerto de Labuan, donde el gobernador, M. Treacher, nuestro compañero de viaje á bordo del *Realista*, le acogió favorablemente.

pañola, ó bien porque son apáticos y temen un cambio cualquiera. Algunos colonos, indios bisayas, se han establecido entre estos indígenas; y es muy triste que hayan tomado sus costumbres; así como ellos, tienen esclavos, y al parecer les sorprenden mucho mis observaciones sobre este punto. «Pero señor, me dice uno de ellos, todos mis vecinos tienen esclavos; si yo no los tuviera ya no se me respetaría, y bien pronto lo sería yo mismo, quedando expuesto á que un día ú otro me vendieran á cambio de platos (2). Por otra parte, no podría cultivar mi plan-

impelidas por los vientos del sudoeste han aumentado mucho el caudal de aguas. Este río, ancho y profundo, es rápido en el punto en que la inclinación de las orillas permite poner el pié. Un enorme crocodilo ha establecido aquí su residencia, é inútilmente se le acecha; ya ha recibido varios balazos, sin que al parecer le hayan hecho mella; casi siempre anuncia su presencia apoderándose de alguna cabeza de ganado, y particularmente de los caballos que cruzan nadando, remolcados por las embarcaciones. Después de franquear este difícil paso, hállanse praderas y bosques, y paisajes magníficos; uno de ellos, en la desembocadura del río Matina, recuerda la decoración del cuarto acto de la *Africana*.

En las orillas mismas del río de Davao algunos infieles han construido sus casetas, y mantenidos en respeto por la inmediación de las bayonetas españolas, han modificado un poco sus costumbres violentas; pero en el fondo son siempre las de los salvajes del interior. A cada instante encuentro en estas casetas esclavos sin familia, que sólo necesitarían dar algunos pasos para conquistar su libertad, y que perseveran en la servidumbre, ya porque su extremada ignorancia les impide creer en la eficacia de la protección de la bandera es-

tación sin esclavos. Si concediera la libertad á esos hombres, probablemente rehusarían abandonarme, aunque negándose á trabajar; esto no les retraería de pedirme de comer lo mismo que antes, y no temiendo ya un bejuco, me hallaría á merced suya.»

Cuando se ha pasado algún tiempo en el grande Archipiélago de Asia, semejantes razonamientos no sorprenden ya.

Los Infieles de esta región, particularmente los Bagobos, se dedican á la cría caballar, con muy buenos resultados; todo el mundo monta en estas montañas, hombres, mujeres y niños; los caballos son aquí objeto de la misma solicitud que en Argel; mas á pesar de su reputación de centauros, los jinetes salvajes no son maestros en la equitación; no se sostienen por la presión de las rodillas, imposible á causa de la saliente lateral del arzón, sino por el equilibrio; la ruptura de la cincha y la inestabilidad del jinete ocasionan frecuentes caídas, y á menudo tuve ocasión de curar en el fondo de los bosques á infelices completamente magullados. El armamento de los salvajes complica tales accidentes de una manera grave, pues cuando montan llevan siempre la lanza en la mano, como los naturales de Joló. Ultimamente he cazado el ciervo y el jabalí con dos jefes vecinos de Davao. Nos hallábamos en el límite de una inmensa pradera circuida de una valla de bosques; y en derredor nuestro, una legión de esclavos ahuyentaba con sus gritos la caza hacia nosotros. Muy pronto saltó un ciervo, y al punto nos precipitamos á galope en su seguimiento, en medio de la compacta yerba. Los caballos del país tienen un olfato maravilloso, perfeccionado por la costumbre; con sus pezuñas reconocen bien la menor resistencia del terreno, que indica la inmediación del fango, y franquean el mal paso de un salto instintivo. Esta vez, uno de los caballos mide mal la distancia y cae; lanzado hacia adelante, el jinete describe la parábola obligada y clávase en su lanza, que por desgracia se ha hundido en el suelo, quedando la punta descubierta. Aunque la herida es penetrante, curada en el acto no es mortal; pero el infeliz no podrá en lo sucesivo respirar bien, lo cual le impedirá dedicarse á la caza.

Las tribus que ocupan los alrededores de Davao son muy diversas, y no se deben confundir.

Los Bisayas designan con el nombre de *Atas* á los Negritos que sólo he visto aun como esclavos, y también otras tribus que se hallan al noroeste del Apó. Estos últimos pertenecen á un tipo superior, y su civilización es bastante adelantada; son los únicos que no temen medirse con los moros, á los cuales profesan un odio hereditario: su audacia les hace triunfar á menudo.

Los *Tagabawas*, mezcla de *Bagobos* y de *Guiangas*, tienen las mismas costumbres; pero una de sus tribus, por lo menos, parece ser de un carácter más alegre y sociable. Los *Tagabawas* suelen vestir muy á la ligera, pero los días de fiesta, estos indígenas se sobrecargan de adornos; las hijas de los jefes, particularmente, parecen agobiadas bajo el peso de los collares. El grabado siguiente representa tres jóvenes princesas en traje de baile. A pesar del calor de un día tempestuoso, y del peso de sus adornos, he visto á estas princesas bailar horas enteras con una animación muy semejante á la del clásico can-can.



Viaje á Filipinas.—Hijas de un jefe tagabawa en traje de baile

Los Guiangas y los Bagobos, diseminados en la ver-

(2) Platos chinos de porcelana muy ordinarios, importados en gran número á las Filipinas; es uno de los principales artículos de cambio en el país.

tiente oriental del Apó, son notables por su aire ateminado; pero distingúense por lo ágiles, por su destreza y su robustez; su talla es de 1631 milímetros, por término medio, llegando á medir á veces 1715.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN